



Novela La nueva obra de Rosa Montero se apoya en la crítica de los males de la sociedad y en la ternura como su improbable antídoto

Destellos de bondad

Rosa Montero
Instrucciones para salvar al mundo

ALFAGUARA
320 PÁGINAS
19,50 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Fiel lector y comentarista de la obra narrativa de Rosa Montero (Madrid, 1951), he admirado siempre su capacidad de comunicación, sus inquietudes éticas y la variedad de registros en novelas tan distintas como *Te trataré como una reina*, *Temblo* o *La hija del canibal*. Al margen de mis preferencias literarias, por encima de todo respeto a los narradores que, además de tener un innegable oficio, tienen asimismo una idea clara del lector al que se están dirigiendo. Pero en *Instrucciones para salvar el mundo* se ponen al descubierto los peligros de un tipo de novela que se apoya en una crítica obvia de los males de la sociedad y en la ternura como su antídoto. Aquí no le ha valido a la escritora su indiscutible talento narrativo, esa aparente facilidad que surge de la disciplina: los personajes resultan inverosímiles, los planteamientos morales son ingenuos, y por mucho que haya referencias a la sociedad contemporánea, tenemos la sensación de movernos en un costumbrismo trasnochado. Hay además un tono de discurso simplificador que parece la marca registrada de todos los columnistas de periódico, que suelen hablar a un solo tipo de lector que posiblemente,

de tan común, ni siquiera existe.

“El pobre viejo tuvo la mala suerte de aparecer justo al principio de esta historia, y ya se sabe que los narradores somos unos tipos mafiosos, amantes de las estructuras circulares y de las simetrías”. Está afirmación, en una novela textual, tendría cierto sentido. En una novela de corte tradicional sólo consigue distanciarnos de los personajes y convertirlos en estereotipos que aparecen o desaparecen cuando le conviene a la autora, más atenta al instante que al conjunto de la narración. Dueña del relato, puede adelantarnos acontecimientos y encontrar fórmulas justificadas, por ejemplo, con la teoría de los vasos comunicantes, que permite que todos los personajes sueñen que han matado a alguien o, en el caso del malo, que le van a matar. Esquemática también la división entre buenos, conversos y malos, consciente la escritora de que “cuando hablamos de buenos sentimientos enseguida se nos pinta un rictus irónico en la cara y lo consideramos una ñoñería”.

Y noña resulta, si no inverosímil, la puta negra Fatma, una belleza inolvidable. Feliz a pesar de todo lo que sufrió en Sierra Leona y sufre ahora en manos del chulo Draco, el malo de la película, aunque también con sus inevitables destellos de bondad. Fatma atrae a los desdichados que en ella encuentran su redención: a Daniel, un médico del hospital San Felipe embrutecido por la rutina, adicto a la pornografía y responsable indirecto de la muerte de Rita; al taxista Matias, que decide vengarse de la muerte de su llorada esposa torturando a Daniel. Todo parece converger en torno a Fatma, al San Felipe, donde por una razón u otra acuden los distintos personajes, y al Oasis, bar frecuentado por las putas y por Daniel, donde consume sus días Cerebro, una mujer de setenta años que fue profesora de universidad hasta que la expulsaron por motivos misteriosos. Sus sabias lecciones estimulan a Matias y al mismo tiempo sirven para explicar algunas de las estrategias de la novela. Paradójicamente, el personaje que más promete, el asesino de la felicidad, es el que menos da. Y, curiosamente, la amenidad de este descabellado relato está garantizada. |



La escritora y periodista Rosa Montero

GUSTAVO CUEVAS/EFE